AÑO II — N.o 44
Montevideo, julio 30 de 1933

EL DIA
EDICION EN HUECOGRABADO



Como el que inquietó a Don Quijote...

La Estética en los Deportes



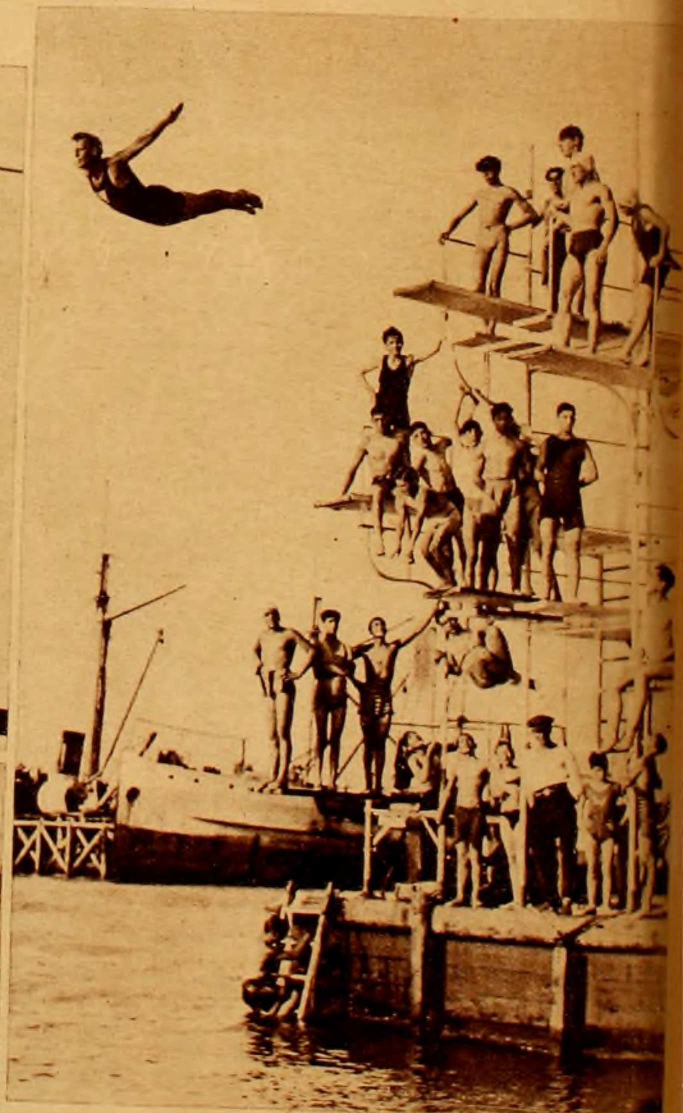
ENTRE las pruebas atléticas el lanzamiento de la jabalina es de las más armoniosas y espectaculares

Los elementos de atracción principales qu encierra el deporte para el espectador so dos: la emoción propia de la lucha y la bell za de los movimientos aislados o de conjunt de los atletas. No en todos los deportes est elementos se dosifican en el mismo grado. E unos la emulación entre los competidores pr cura casi todos los motivos de agrado al pú blico, mientras en otros el placer del que mir queda a cargo de la armónica exposición d las situaciones y de la gracia en la ejecució de las pruebas. De acuerdo con estas caracte rísticas, corresponde clasificar los deportes e dos grupos, según predomine en ellos la inten sidad o la belleza. El boxeo es un ejemplo tí pico de la primera clasificación. En el boxe la belleza está casi totalmente ausente, pero e combate contiene una dramaticidad que absor ve todo el interés del espectador. Un Tunne o un Carpentier, que adornan su medios de lu cha ajustándolos a concepciones artísticas re presentan casos excepcionales y que por l mismo aparecen muy de tarde en tarde. En el atletismo, en cambio, la lucha alcanza es caso interés, porque se desarrolla en forma manótona, como en las carreras de fondo, los competidores no intervienen en ellas si multáneamente, como en los saltos y lanza mientos; pero esta desventaja está compen sada por la plasticidad peculiar de la mayo ría de las pruebas atléticas. ¿Se quiere alg más elegante que un salto a la garrocha, un lanzamiento de jabalina o una zambullida?

Los deportes que reúnen los dos rasgos antes señalados son escasos, destacándose entre ellos el fútbol, el cual gracias a esa milagrosa aleación ha superado a todos en popularidad desde uno al otro extremo del mundo. En el fútbol la contienda suele alcanzar situaciones de emotividad honda e intensa, porque el éxito de los bandos en pugna depende de factores impalpables y que andan como flotantes, en alas del azar, sobre el campo de juego; mientras los vaivenes de la pelota y la esgrima de los jugadores al manejarla ofrecen mil aspectos gratos a los ojos de los circunstantes.



ESTE MARAVILLOSO salto con garrocha fué visto también en los pasados Juegos Olímpicos de Los Angeles



LA SINGULAR belleza de una zambullida queda patentizada en este impecable "salto del ángel" del profesor Amador Franco



EL CLASICO movimiento del discóbolo reproducido por el campeón olímpico J. Anderson, al efectuar el tiro que le dió el triunfo en los Juegos de Los Angeles

En mayor o menor grado, los deportes proporcionan un espectáculo estético. El primero en descubrir esta virtud particular de las justas atléticas, que tanto incremento le han valido en los tiempos modernos, fué el genio helénico, creador de los juegos olímpicos, de los cuales hizo una exaltación poética de la fuerza y la belleza físicas. Los vencedores en Olimpia inspiraron a Píndaro y dieron motivos de singular efecto a los escultores áticos, que recogieron en los estadios los modelos de obras inmortales.

RAMON I. ALVAREZ.

EÇA DE QUEIROZ



QUERIDO Ramalho: El sábado por la tarde· en la calle Cambón, veo dentro de un coche a nuestro Eduardo, que se acerca a la portezuela para gritarme: "¡Ramalho, esta noche! ¡de pa-...ra Holanda! ¡a las diez! ¡en el café de ...z!

...nto un dulce alborozo, y a las nueve y ..., a pesar de mi repugnancia por la es-... del café de la Paz, centro elegante del ...smo internacional, me instalo allí con ...ock por delante, esperando a cada mo-... que surja de entre la turba oscura y ... del "boulevard" el esplendor de la "Ra-...al" figura. A las diez salta con ansie-... de un vehículo el vivaz Carmonde, que ...lonara de prisa una sobremesa alegre ...r voir ce gran Ortigan!" Comienza una ... a de dos, con dos bocks. Nada de Ra-... ni de sus trazas. A las once aparece ...rdo, sin aliento. ¿Y Ramalho? ¡Inédito ... Espera de tres, impaciencia de tres· y ...ocks. Así, hasta que en el bronce sonó ... del día.

... caso, en compensación, y grave. Car-...e, Eduardo y yo sorbíamos las heces ...ock y cuando estábamos desilusionados ...amalho y de sus pompas, pasó rozando ...nestra mesa un sujeto morenito, delga-... estiradito, que llevaba en la mano con ...to, casi con religión, un soberbio ramo ...aveles amarillos. Es un hombre de más ... de los mares, de la República Argentina· ...ruana, y amigo ...luardo, que lo ...e, y que pre-... al "señor ...ibal". Men-... acepta un ... y yo ...nzo a con-...ar, en silen-... aquella carita ...perfil· como re-

...da con un hacha, ...no cobrizo· con ...rero inglés de ... de coco, don-... barbilla rala ...ciando una vi-...d débil, parece ...DIA

un algodón poco mas negro que la tez. La frente deprimida retrocede, huye hacia atrás asustada. La nuez de la garganta, chillona, avanza, por el contrario, como el espolón de una galera, por entre las puntas dobladas de un cuello muy alto y más reluciente que el esmalte. En la corbata llevaba una gruesa perla.

Lo contemplo, y Mendibal habla. Habla con angustia, casi dolientemente, con finales que desfallecen y se desmayan en gemido. Su voz es toda desconsuelo, pero en lo que dice revela la más fuerte· segura e insolente satisfacción de vivir. El animal lo tiene todo: inmensas propiedades más allá del mar, la consideración de sus proveedores, una casa en el Parque Monteau y una "esposa adorable".

¿Cómo se deslizó a mencionar a esta dama que embellece su hogar? No lo sé.

Me levanté un momento llamado por un viejo inglés amigo mío que pasaba de regreso de la Opera y que me quería decir en secreto, con una fuerte y profunda convicción que "¡la noche era espléndida!" Cuando volví a la mesa y al bock, el argentino había empezado un monólogo en glorificación de "su señora". Carmonde devoraba al hombrecillo con ojos que reían y que le saboreaban como si fuese deliciosamente divertido. Y Mendibal, con el ramo de claveles puesto a su lado con devotos cuidados sobre una silla, enumeraba las virtudes y los encantos de Madame. Sentíase allí una de esas admiraciones efervescentes, burbujeantes, que desbordan por todas partes y que no se pueden contener, ni aun en las mesas de los cafés; y por donde quiera que pasase aquel hombre iría dejando escurrir la admiración por su mujer, como un paraguas mojado va fatalmente chorreando agua.

Le comprendí desde que, con un placer que le empujaba más hacia afuera la nuez, reveló que madame Mendibal era francesa. Teníamos ante nosotros· por tanto, el fanatismo del negro por la gracia rubia de una parisiencita picante de seducción y finura. Desde que lo comprendí simpaticé con él. Y el argentino presintió en mí esta benevolencia crítica, porque hacia mí se volvió, trazando el último rasgo, el más decisivo, de las excelencias de Madame: —"¡Sí, positivamente no había otra en París! Por ejemplo el cariño con que cuidaba de la mamá (la mamá de ella) señora de mucha edad, llena de achaques. Pero tenía una delicadeza, una paciencia, una devoción que había que hincarse ante ella de rodillas.

¡Y en aquellos últimos días mamá estaba tan achacosa!... Hasta había enflaquecido Madame Mendibal. De suerte que él mismo le había rogado que fuese aquel domingo a pasar el día distraída en Versailles donde la mamá, Md. Jouffroy, residía por ecomía. Venía de esperarla en la "gare" Saint-Lazaire. Pues señores, todo el día estuvo la santa criatura en Versailles cuidando la suegra, acordándose de su casa y con ansia de volver a ella. ¡No le sabía bien ni aún visitar a mamá! ¡La mayor parte de la tarde, de una tarde tan hermosa, la empleó en reunir aquel espléndido ramo de claveles amarillos para traérselo a él".

—Es verdad. ¡Vea usted, señor! ¡Vea qué ramo de claveles! Esto consuela. Mire: para estos recuerdos, para estos cariños, no hay como las francesas. ¡Gracias a dios puedo decir acerté! Y si yo tuviese hijos, uno solo que fuese, un niño, no me cambiaría por el príncipe de Gales. Yo no sé si el señor es casado. Perdone la confianza. Pero si no lo es le diré siempre lo que digo a todo el mundo: ¡Cásese con una francesa, cásese con una francesa!...

No podía haber nada más sinceramente grotesco y conmovedor. Como usted no venía, fugitivo Damalho, nos dispersamos.

Mendival montó en un coche con su amoroso manojo de claveles. Y yo arrastré mis pasos, en aquella noche de calor, hacia el club. En el club encuentro a Chambray, a quien usted conoce, el "hermoso Chambray". Encuentro a Chambray sentado en un butaca, derrengado y radiante. Pregunto a Chambray cómo va su vida, qué opinión tiene aquel día de la Vida. Chambray declara que la Vida es una delicia. E inmediatamente, sin contenerse· me hace la confidencia que le bailaba impaciente en la sonrisa y en los ojos.

Salió para Versailles con intención de visitar a los Fouquiers. En el mismo departamento que él, iba una mujer, "que grande et belle femme". Un soberbio cuerpo de Diana en un vestido elegante de Redfern. Cabellos partidos por el medio, espesos y fuertes ondulando sobre la curva frente. Ojos graves. Dos solitarios en las orejas. Ser sustancial, sólido, sin rellenos ni añadidos, bien alimentado, envuelto con decencia, superiormente instalado en la vida.

Y en medio de esta respetabilidad física y social, un modo goloso de humedecerse los labios con la punta de la lengua, vivamente y a cada instante. Chambray piensa para sí: "Burguesa, treinta años, sesenta mil francos de renta, temperamento fuerte, contrariedades en la alcoba". Y apenas el tren marcha, toma sus "grandes aires de Chambray" y dispara a la dama una de esas miradas que en otro tiempo eran simbolizadas por las flechas de Cupido. Madame, impasible. Pero momentos después, de entre los párpados un poco pesados, sale dirigido a Chambray (que miraba de soslayo por detrás del "Fígaro" abierto) uno de esos rayos de luz indagadora que, como los de la linterna de Diógenes, buscan un hombre que sea hombre. Al llegar a Courbevoie, y con pretexto de levantar la vidriera por causa del polvo, Chambray arriesga una palabra atrevidamente tímida sobre el calor de París. Ella concede otra, también vaga y titubeante, sobre la frescura del campo. Está trabada la égloga. En Suresnes, Chambray ya se sienta al lado de ella fumando. En Sevres, la mano de Chambray es rechazada por Madame· y ambas se entrelazan insensiblemente. En Viroflay, proposición brusca de Chambray de dar un paseo por un lugar de Viroflay que sólo él conoce, rincón bucólico, de incomparable dulzura, inaccesible al burgués. Después, a las dos, tomarían otro tren para Versailles. Y ni la deja dudar; la arrebata moralmente o, más bien, fisiológicamente, por la simple fuerza de la voz tibia, de los ojos alegres, de toda su persona franca y masculina.

Helos en el campo, con un aroma de selva alrededor· y la primavera y Satanás conspirando y soplando sobre Madame sus caliginosos hálitos. Chambray conoce en las lindes del bosque, junto al agua, un merendero que tiene las ventanas orladas de madreselva. ¿Por qué no ir allá a comer una paella rociada con vino blanco de Suresnes? Madame siente, en verdad, un hambrecilla alegre de ave suelta en el prado; meneando el rabo, Satanás corre adelante a preparar las cosas en el merendero. Encuentra allí, en efecto, una instalación soberbia: cuarto fresco y silencioso, la mesa puesta, cortina de gasa en el fondo escondiendo y denunciando la alcoba. "¡En todo caso que el almuerzo suba de prisa porque ellos tienen que partir en el tren de las dos!", tal es el grito sincero de Chambray.

Cuando llega la paella Chambray tiene una inspiración genial. Se quita la chaqueta y se sienta en mangas de camisa. Es un rasgo de bohemia y de libertad que a ella la encanta, la excita y que hace surgir la pilluela que alienta casi siempre en el fondo de la matrona. Tira ella también su sombrero, un sombrero de doscientos francos· le lleva al fondo del cuarto, estira los brazos, y lanza este grito salido del alma:

—"¡Ah, oui, que c'est bon, de se desembeter!"

Y después — como dicen los españoles — la mar. El sol, al despedirse de la tierra por aquel día, los deja aun en Viroflay, todavía en el merendero, todavía en el cuarto: y otra vez la mesa delante de un biftec reconfortante, como los acontecimientos pedían con urgencia y lógica.

¡Versailles olvidado! Tratábase de volver a la estación para tomar el tren de París. Ella ata despacio las cintas del sombrero, coge una de las flores de la ventana· que se coloca en el pecho, mira alrededor lentamente por el cuarto y la alcoba para acordarse de todo y retenerlo, y parten. En la estación, al subir a un departamento diferente (por causa de la llegada a París), Chambray, en un apreto de manos, ya flojo, la suplica que, al menos, le diga cómo se llama. Ella murmura: "Lucie".

—Es cuanto sé de ella — concluye Chambray encendiendo el cigarro. — Y también sé que es casada, porque en la "gare" Saint Lazaire, esperándole y acompañado de un lacayo seco de casa burguesa, estaba el marido. Es un rastacuero color de chocolate· con barbita rala y enorme perla en la corbata.... ¡Infeliz!

Quedó encantado cuando ella le dió un gran ramo de claveles amarillos que yo había mandado cortar en Viroflay...

Deliciosa mujer. ¡No hay como las francesas!

¿Qué dice usted de estas admirables cosas, mi buen Ramalho? Yo digo que, en resumen, este Mundo es perfecto y no hay en los espacios otro más bien organizado. Porque note usted como al fin de este domingo de abril, todas estas tres excelentes personas, con una simple jornada a Versailles, lograron un beneficio positivo en la vida.

Chambray pasó por un inmenso placer y una inmensa vanidad, los dos únicos resultados que él cuenta en la vida como lucros sólidos que valgan el trabajo de existir.

Madame experimentó una sensación nueva y diferente, que calmó sus nervios, que la desfogó, y le permitió volver a entrar más tranquila en la monotonía de su hogar para ser útil a los suyos con rediviva aplicación.

El argentino adquirió otra inesperada y triunfal certeza de cuanto era amado y lo feliz que fué en su elección.

Tres dichosos al final de aquel día de primavera y de campo. Y si de ahí resultara un hijo (el hijo que el argentino desea) que herede las cualidades fuertes y brillantes galas de Chambray, añádase al contentamiento individual de los tres, una ganancia efectiva para la Sociedad.

Este mundo· por tanto, está admirablemente organizado.

Amigo fiel, que fielmente le espera a la vuelta de Holanda. — **FRADIQUE.**

DEL

EPISTOLARIO

DE

FRADIQUE

MENDEZ





Campeonato de Pesca

El apacible entretenimiento no había alcanzado todavía entre nosotros la categoría de deporte y manifestación de sociabilidad. Era un pasatiempo de aburridos en la escollera. Pero desde ahora, tendrá alcurnia y campeonatos, y existirán socios a quienes se premiará su habilidad en echar el sedal y sacarlo con un inquieto apéndice de plata. El "Touring Club Uruguayo" es el que ha organizado el campeonato con caña, habiéndose realizado el domingo pasado la primera sección. El torneo despertó gran interés concurriendo muchos pescadores armados de sus trebejos, dando ocasión la pesca a no pocas incidencias graciosas. Por lo pronto cuenta la novel agrupación con 200 socios.

Publicamos tres notas, la más interesantes podidas recoger de la primer sección del campeonato de pesca.



REVOLUCION Y ORDEN



Por GREGORIO MARAÑON

UNA de las característica de los tiempos modernos de nuestra España es la fe que anima a un grupo de los que intervienen en su vida pública. Así como fué característico de la oca de la Restauración el escepticismo, rdadera musa inspiradora y a la vez paraadora de los políticos, algunos excepcio lmente dotados de aquella época tan intesante y tan crítica de nuestra historia. Al n día haremos el estudio de ese fenómeno, sde el observatorio de uno de los hombres is representativos de entonces, hoy pasaramente olvidado: Angel Ganivet. Esta fe e nos tiene en tensión a muchos españo, que nos hace alegre el camino, leves sus ches, comprensible el inevitable dolor, no una posición arbitraria, sino un sentimien infundido, en largos años de oposición sin oerbia, por el estudio desapasionado de los tecedentes de nuestro época y por aquello e más enciende la humana fe: la realizan de las esperanzas encomendadas al azar por lo menos lanzadas a la lucha con el mínun de azar con que puede uno aventurarse el juego incierto de la Historia.

Esta posición de fe tranquila nos permite ntestar sin pasión a muchas de las interrontes amistosas o a las actitudes violentas se suscitan en torno de la España acl. Vamos a meditar sobre algunos de es temas, enfocando nuestros comentarios ore lo que tienen de problemas históricos nerales y dejando de lado las particularides, rápidamente inactuales y perecede, de su apariencia política.

Cuando se pasan unas semanas fuera de paña, en contacto con medios diversos, y varias dudas y preguntas que se recojen la curiosidad del espectador extranjero. a la interrogación de por qué un pueblo inentemente conservador, como lo es el ti medio de los habitantes de nuestra patria los grupos universitarios, en su mayoría abién de tendencias moderadas, ha realiza un proceso típicamente revolucionario. echo más revolucionario, como el tiempo demostrará, de lo que parecían indicar las meras fases, tan sosegadas, del cambio de imen y de la instauración de la Repúbli

Otro problema que nos plantean los exños — y también muchos compatriotas que siempre extranjeros ante lo que pasa en propias narices — es el de los hombres evos de la nueva España. Unos, los que perciben, los encomian con admiración y extrañan de que hayan surgido de la nada. ros, los miopes, se preguntan que cuándo girán. Finalmente, se polemiza acerca de no un régimen nuevo, de profunda raíz eral, autor de una Constitución liberalísi, puede tomar a veces — y sirviéndose de propio instrumento parlamentario, de su mara Constituyente — medidas de tipo annstitucional o antijurídico.

A estos tres temas vamos a dedicar unas ntas reflexiones generales.

Es curioso observar la facilidad con que hombres olvidan invariablemente las lecnes más profundas y reiteradas de la exriencia. Y una de estas lecciones es aque que expusó Prudhon en su teorema de que único profundamente conservador de las iedades es la revolución. Entendámonos: lo que llaman revolución las comadres y niños — incendios, barricadas, crepitar fusiles, — ni tampoco lo que los conservares entienden por espíritu conservador. Para el conservador sólo existe el presente y un mañana tan inmediato que apenas se puede llamar futuro. Ahora bien: el presente y su futuro próximo son, por el hecho de serlo, agonías, inmediatas a desaparecer. El conservador, en su sentido usual, es, pues, un embalsamador del presente, un conservador de la muerte misma; que es, desde luego, el estado ideal de los que sólo aspiran a que haya paz, a cualquier precio, a su alrededor.

Pero el conservador auténtico, el histórico, tiene los ojos puestos no en el hoy fugitivo, sino en el fecundo mañana. Su espíritu conservador se traduce en una aspiración esencialmente vital: la substitución de lo que cada día muere, por lo que nace sin cesar; y, a veces, la extirpación violenta de lo mortificado y la creación de vivencias originales que lo substituyan.

Por todo esto, los ciudadanos faltos de ímpetu y de imaginación se estremecen ante los hombres juveniles y progresivos. Pero así que la perturbación, de donde nace el progreso, se ha ido alejando y cobre perspectiva en el escenario de la Historia, esos mismos hombres de orden empiezan a considerar al revolucionario, ya muerto, como un sostén del orden social. Casi todos los himnos nacionales, que oímos respetuosamente en pie, descubierta la cabeza de los sombreros del uniforme oficial, empezaron siendo la música de arengas populares, improvisadas por gargantas enronquecidas y calentadas por el fuego de la revolución. Hace poco leía yo unas palabras de J. J. Rousseau a propósito de la familia, y me hacía sonreír su analogía, casi su identidad, con una de las últimas encíclicas del Sumo Pontífice. Las mismas preocupaciones sobre la familia y sobre el orden social que turban hoy a los pastores de la iglesia, servían de inspiración al aliento de aquel extraordinario energúmeno, atizador de la Revolución Francesa.

La razón de estos fenómenos es bien sencilla. Una revolución es siempre, siempre, una reacción contra una sociedad que se ha retrasado en su marcha evolutiva. Hablamos, desde luego, de una revolución auténtica y no de cualquiera de los motines o cuarteladas que se disfrazan con ese nombre. El golpe revolucionario empuja hacia adelante— suele decirse hacia la izquierda — el centro de gravedad social, y automáticamente, quedan detrás de éste — o a su derecha — como gente de paz y conservadora, los que antes gritaban en las avanzadas del movimiento. El revolucionario hasta la víspera de la revolución, deja de serla al día siguiente, aun cuando la imaginación, siempre torpe y tarda en sus reacciones de las multitudes, siga viéndole rodeado de un halo peligroso durante varias generaciones. Así ocurre con Rousseau, que acabamos de nombrar; o con Voltaire, ante cuyo nombre se santiguan todavía muchos hombres y mujeres, sin pensar que es ya mucho menos satánico que cualquier redactor de nuestros periódicos de la extrema derecha.

Después de la revolución española se ha apreciado este fenómeno con la claridad de un experimento. A las pocas semanas de ocupar el poder los monitores de la transformación, hablaban y se conducían con un espíritu profundamente conservador, biológicamente conservador, es decir, constructor del porvenir y no embalsamador del presente. Una masa inmensa de obreros organizados, la columna vertebral de la vida española, trasladaba su campamento desde las líneas enemigas al interior de la ciudad conquistada. Ellos mismos eran, y son, la barrera automática frente al extremismo de las francotiradores de la utopía, que después del movimiento habían quedado al margen del nuevo centro de gravedad.

La contraprueba de esto nos la da el fenómeno inverso; cuando un régimen hace recular violentamente ese centro de gravedad del Estado, quedan delante de él, en las avanzadas, en la izquierda, gentes que fuesen siempre reaccionarias.

El frente izquierdista se hace entonces inmenso, sin que lo adviertan ni se alarmen los que viven contentos en esa superficial paz nuestra de cada día. El comunista más violento aparece del brazo del conservador, que por respeto a la libertad y al derecho se siente excluído de la legalidad. Y así vemos, por ejemplo, a un jefe respetable de las fuerzas conservadoras del país, que una noche de truenos desembarca sigilosamente para sublevar una guarnición. Cuando la dictadura cae, cuando cae de verdad con sus raíces al aire, los que organizaban las huelgas revolucionarias se sientan en los bancos presidenciales y sienten, con fervor de iniciados, la emoción de la responsabilidad del poder, en este estado virginal, que es cuando alcanza su mayor eficacia.

Después de la revolución, la sensación de equilibrio la dan, ahora como siempre, los que hasta la víspera eran revolucionarios. El frente conservador se ensancha. Sólo un grupo de los equilibrados de antes, desprovistos del usufructo del equilibrio en provecho propio, se convierte súbitamente en revoltoso y energúmeno.

En estas horas admirables de renovación que atraviesa el mundo, éste está lleno de gigantes monstruosos que proyectan su sombra sobre los pueblos, atemorizándolos. Les han hecho creer que las viejas ideas de la libertad, de la democracia, son penachos mustios e inservibles que aguardan su lugar definitivo en un museo romántico. Esos gigantes se llaman imperialismo, fascismo, dictadura, comunismo; y entre sus pies poderosos yace maltrecho el viejo mito liberal. No importa. Todo lo que es inmortal nunca parece demasiado grande. La luz que no se apaga nunca jamás tiene llamaradas de incendio.

Los pueblos tienen que pasar por todas estas experiencias, acaso necesarias, porque la vida se renueva siempre en el dolor. Pero a la corta o a la larga vuelven siempre sus ojos a la eterna democracia que se transforma, que declina, que a veces parece que va a morir, pero que siempre resucita. Y es en la revolución donde encuentran invariablemente, renovada y fresca, la savia de su sentido conservador.

MI VIAJE POR LOS ESTADOS UNIDOS.

Por AUGUSTE PICCARD

HE realizado un viaje de varias semanas por los Estados Unidos, en el curso del cual he pronunciado conferencias y mantenido interesantes conversaciones con los hombres de ciencia de ese gran país. Quiero, en estas breves notas, recordar algunas cosas que me han llamado la atención o que me han ocurrido en diversos lugares. He sido asediado con frecuencia por los periodistas, para quienes he formulado apreciaciones diversas sobre asuntos científicos que fueron reproducidos por los periódicos principales.

Cuando desembarqué en Nueva York, tuve que contestar a infinidad de preguntas que se me hicieron sobre mi viaje y mis proyectos durante mi estada en el país. Acerca de mi viaje, contesté que los siete días que había tardado el barco en cruzar el Atlántico me habían hecho reflexionar en lo que podrá ser esa travesía en el futuro, con los estratoaeroplanos, que sólo pondrán siete horas en cubrir las mismas distancias.

En cuanto a mis proyectos, se concretaban a visitar los grandes laboratorios físicos norteamericanos, tal vez los mejores del mundo, y a encontrarme con algunos de mis destacados colegas de ciencia, como Millikan, Compton, Coolidge, etcétera, reanudar mis relaciones con el profesor Einstein, con quien estuve asociado en Zurich colaborando en diversos experimentos de importancia, y conversar con reputados aviadores y exploradores sobre temas de interés práctico.

Entre las cosas que más me sorprendieron a mi llegada a Norte América, debo mencionar cierto género de noticias extravagantes que la prensa hace circular sin ningún control. Por ejemplo, en los primeros periódicos neoyorquinos que leí me encontré con esta estupenda información a mi respecto: "El profesor Piccard dispuso que se le sacaran los dientes a su perro para que no pudiera morder a sus hijos"...

Quedé estupefacto al leer semejante cosa. Quien me conozca sabrá que toda mi vida he amado a los animales, y una de mis diversiones de niño consistía en cazar murciélagos para domesticarlos por medios suaves y pacientes. Siempre me he opuesto a todo aquello que pudiera suponer sufrimiento o molestia inútil para los seres irracionales, especialmente domésticos. ¿Cómo era pues, posible que se hiciesen circular versiones tan crueles?

Desde luego, la noticia no constituía una simple y burda invención, se originaba en algo que había ocurrido, pero que había sido monstruosamente alterado en la información,



cosa realmente incomprensible. Todo se había reducido a esto: yo había hecho quitar las espinas y abrojos de mi jardín, aquí en Bruselas, para que los niños que en él suelen jugar no se lastimaran. Ahora bien: ¿cómo pudieron transformarse las plantas en perro y las espinas en dientes?...

En mis conversaciones con industriales norteamericanos de la aeronáutica y con distinguidos aviadores me he referido a los esfuerzosy experiencias que se vienen realizando en varios países europeos para construir aparatos destinados a volar en la estratósfera. Ya se han creado algunos modelos de estratoaviones con los cuales se realizan interesantes pruebas, y no dudo que dentro de un plazo relativamente breve el problema del vuelo normal a grandísima altura será resuelto en forma satisfactoria.

En general, mis amables oyentes creyeron que mis apreciaciones eran a ese respecto un poco exageradas, sobre todo cuando manifesté mi esperanza de realizar dentro de algunos años el viaje entre Europa y Norte América en estratoavión, empleando menos de diez horas, y mi creencia de que, antes de que transcurran varios lustros, ya funcionará regularmente un servicio aéreo superintercontinental que permitirá a los norteamericanos almorzar en París o Londres y regresar a dormir en Wáshington o Nueva York.

Me pasa, ahora, acerca de los viajes ultrarrápidos por la estratosfera, lo que me ocurrió no hace muchos años con respecto al teléfono intercontinental. En el curso de una conferencia, manifesté que no estaría lejano el día en que los europeos y norteamericanos se comunicaran entre sí, telefónicamente, en todo momento. Mis oyentes se mostraron incrédulos, pero mi predicción se ha cumplido. En el curso de esa misma conferencia predije el vuelo, en pocas horas, entre el viejo y el nuevo mundo, causando entonces, no sólo incredulidad, sino hasta la risa de la concurrencia.

Ahora ya nadie se ríe de la posibilidad del vuelo estratosférico, pero son muchos los que dudan que éste pueda realizarse, por lo menos dentro de un número de años relativamente corto.

Hace algunas semanas, nos encontrábamos reunidos en la casa de la señora Amelia Earhart Putnam — la primera mujer que cruzó el Atlántico en aeroplano, — el coronel Lindbergh, el científico explorador Roy Chapman Andrews, Sylvestre Dorian y yo. En el curso de la conversación manifesté a Lindbergh que "nuestros campos de actividad, aunque no son los mismos, tienen muchos puntos de contacto..." El es un gran aeronauta, que ha resuelto los principales problemas del vuelo práctico y seguro, mientr que yo soy un simple "balonista" que tra de estudiar las radiaciones cósmicas en la estratosfera.

El coronel Lindbergh se mostró asombrado cuando le manifesté que, antes de la guerra, había proyectado los planes para descender al fondo del mar en un globo... "La góndola o barquilla — si así puede llamarse en este caso — que yo hubiera empleado, le dije, habría sido muy parecida a la que utilicé para explorar la estratosfera; pero el globo, en lugar de estar lleno de hidrógeno, habría estado lleno de aceite. Así siendo más liviano que el agua, nos hubiera servido para ascender del fondo del mar, usando lastre, como en los globos ordinarios..."

Expliqué luego a las personas en cuya compañía me encontraba que, más tarde, decidí ir hacia arriba, en vez de ir hacia abajo, porque las observaciones de los rayos cósmicos se efectúan mejor desde las zonas elevadas, donde son más numerosos. En realidad, estoy tan familiarizado con la navegación submarina como con la aeronáutica.

Durante la conversación me referí a los medios de respirar artificialmente, que permitirían a dos hombres trabajar juntos y casi normalmente en el fondo del océano o en plena estratosfera... Pero lo que más pareció interesar a las precitadas personas era mi regla para calcular medidas, que llevaba en un bolsillo interno de mi saco, regla cuyas respetables dimensiones hicieron reír a mis atentos oyentes...



Teatros y conciertos

CUARTETO GUARNIERI, de música de cámara, que está dando en el tetro Solís una serie de conciertos. Se trata de uno de los cuartetos de cuerdas de mayor prestigio entre los que realizan jiras por el extranjero





LOLA MEBRIVES, que al frente de su compañía de comedia, se presentará en el teatro 18 de Julio, con el estreno de la obra "Teresa de Jesús", de Eduardo Marquina



NORA SERRADOR, primera actriz de la compañía de comedias que actúa en el teatro Solís, donde debutó el viernes, formando parte de la compañía Olona





CONCEPCION OLONA, actriz de comedia que, al frente de la compañía de su nombre, actúa en el teatro Solís

EL AZAR

CUANDO Carlos García acabó de cometer su crimen, se detuvo un momento pensativo junto al balcón. Se veía desde allí el patio, un patio silencioso, desierto, con las paredes reverberantes de blancas. Eran las últimas horas de la tarde. El sol daba en lo alto de un muro nítido, encalado. El silencio era profundo. Estuvo Carlos García un instante junto al balcón y se limpió el sudor que corría por su frente. El invierno era frío; no había calefacción en la casa, y, sin embargo, Carlos sudaba como si la temperatura fuera altísima. No había hecho apenas nada, y se sentía fatigadísimo. Ni en sus manos había la más pequeña mancha de sangre, ni en su traje la más diminuto salpicadura. Su crimen, un crimen espantoso, no había ocasionado efusión de sangre. Estaba tranquilo Carlos García; pero se sentía horriblemente fatigado, y de su frente no cesaba de correr el sudor. Nadie le había visto entrar en la casa; llevaba una barba postiza, y se la quitó; el blanco y fino pañuelo pasaba y repasaba por su faz y por su cuello. Claro que al pasar el pañuelo por el cuello, esa sensación, como de corte, no le estremecía. No, su tranquilidad era perfecta. Y como había que dejar estos lugares, Carlos se dispuso a bandonar la casa. Se colocó otra vez la artificiosa barba y fué bajando las escaleras. Nadie tampoco; lo había previsto él; no le vió nadie al entrar y no le veía nadie tampoco ahora al salir. Caminaba por la calle con serenidad; no miraba a los transeuntes, ni los transeuntes le miraban a él. Acababa de cometer un crimen y como si hubiera hecho la cosa más natural del mundo. Reparó de pronto en un detalle: estuvo por volver a la casa. Se detuvo pensándolo. ¿Subiría? ¿No subiría? Como él había visto muchas veces e nlos periódicos que el volver a la casa del crimen había ocasionado complicaciones graves, cuando no la detención del criminal, optó por no volver. Después de todo, ¿quién iba a deducir nada por un sombrero? El sombrero de Carlos, que había quedado abandonado en la casa del crimen, lo había comprado Carlos en Buenos Aires. Hay mucha gentet en Europa que ha comprado un sombrero en Buenos Aires. No tenía nada de particular el sombrero de Carlos García. Un sombrero cual hay muchos. Siguió andando Carlos y se entregó a la dulce meditación acerca de lo que haría con el producto de su operación. Carlos, naturalmente, no llamaba crimen a su acto: le daba el nombre decoroso y casi científico de operación. Con el producto sólo del gran diamante, podría hacer muchas cosas. Había que venderlo bien. Lo vendería en Nueva York. Saldría para América dentro de unos días; entretanto se ocuparía en leer los periódicos. No apresuraba su marcha Carlos porque en realidad no era necesario. Tenía la evidencia absoluta de que su operación no podría ser descubierta, es decir, no lo operación, sino el autor de la operación. Viviría hasta entonces, hasta el día de su marcha, tranquilo y sereno. Tenía dinero para vestir y comer bien. Pensando en esas cosas entró Carlos en su caso y se dispuso a tomar un baño. Ya ve el lector que vamos pintando un criminal que no es como todos los criminales; este saber hacer las cosas; no es como otros que las hacen desmañada y trapaceramente.

Los días van pasando. No sucede nada. Los periódicos traen largos relatos del misterioso crimen de la calle de Casas Nuevas. A cuatrocientos kilómetros de la capital hay un pueblecito en que se elaboran deliciosos vinos. Uno de los cosecheros tiene un majuelo en que los caldos son de lo más exquisito que dar se pueda. El majuelo del Terminillo — así se llama la viña de que hablamos — ha producido este otoño un vino tan claro y oloroso que es una delicia el beberlo. Siempre esta viña había dado buenos vinos; pero este año se ha excedido. El dueño ha de ir a la capital dentro de unos días, y está llenando ahora unas botellas para obsequiar con este vino a un amigo. Llega a la capital el cosechero y va a casa del amigo. Se trata del dueño de unos automóviles de punto. Uno de los choferes de estos automóviles está enfermo. Guía, por tanto, uno de los taxímetros, el propio dueño. El vino que ha traído el cosechero amigo del dueño de los taxímetros es bebido a lo largo de una suculenta cena. Y tanto el dueño de los taxímetros, como el cosechero, están un tantico embriagados.

Carlos García ha decidido ya marcharse al extranjero. Está ya harto de leer en los periódicos relatos de su misteriosa opecación. Los periodistas, ni la policía, saben nada del autor del crimen. Si Carlos se detiene un día más en la capital, será capaz de ir a una redacción y coger por la oreja a un periodista y decirle que no sabe nada de la operación ni lo sabrá nunca. Pero, claro, que esto es una broma. Carlos ha comprado una magnífica maleta. No las hay así en ninguna parte del mundo; dice esto Carlos porque la maleta es de Londres, y todo el mundo sabe que las maletas inglesas no tienen rival. Saldrá Carlos de la capital el viernes. La maleta no la han traído aún a casa. Estamos en miércoles. Cuando al día siguiente, o sea, el jueves, traen la maleta, Carlos ve que una de las cerraduras tiene una ligera imperfección. Es preciso, por lo tanto, hacer que en la tienda donde Carlos ha comprado la maleta, corrijan este descuido. Aunque la maleta es de Londres, ya ve el lector que no todas las maletas inglesas son perfectos. Al día siguiente, es decir, el viernes, ya no puede marcharse Carlos. No está la maleta compuesta. Hay que esperar al otro día, al sábado.

El sábado es el día en que el cosechero y su amigo han cenado. Después de la cena el dueño del taxímetro va a realizar su trabajo. Está enfermo el chofer que guía este coche y es el propio dueño el que, para no causarse perjuicios, hace el trabajo del chofer. Carlos García ha decidido aquella noche ir a casa de unas amigas. El comisario de policía que está encargado de descubrir al autor del crimen, quiere darse un ligero descanso y va la noche del sábado al teatro. Nada tiene de particular que Carlos vaya a esparcir el ánimo a casa de unas amigas, y que el comisario de policía vaya a ver un drama o una comedia. Ni uno ni otro han de tropezarse. Como la conversación ha sido largo, cuando Carlos sale de ver a sus amigos, va a una pequeña lechería. Está cansado y siente deseos de restaurar un poco las fuerzas. En la pequeña lechería no hay nadie; es tan modesto este establecimiento, que aquí no entra jamás nadie. ¿Quién sabrá a estas horas que Carlos García el autor de la misteriosa operación, se halla en la silenciosa y apartada lechería que lleva el título de Néctar campesino En una lechería que se llama de este modo la leche debe ser buena. Es excelente, en efecto, esta elche que está Carlos bebiendo a pequeños sorbos. Deliciosa es de veras. Y delicioso, sobre todo para los que realizan operaciones tan serias como la que realizara Carlos, delicioso es el silencio y deliciosa la soledad de este modesto establecimiento. El comisario de policía ha salido ya del teatro; la función ha terminado. Como le queda que trabajar mucho aun esta noche, el comisario sube a un taxímetro y le dice al chofer que le lleve a un pequeño restaurante en donde ha de tomar un bocado antes de emprender sus tareas nocturnas. El taxímetro que ha tomado el comisario es el del amigo del cosechero, y este amigo del cosechero, como recordará el lector, se halla a medios pelos. Entiende mal las señas que el comisario le da y pone el coche en marcha. Va divagando por las colles; no sabe a donde se encamina; pero él cree que le han dicho que vaya a tal parte, y no acierta a llevar el automóvil a donde se le ha dicho. En resolución, el taxímetro corre a la ventura, y cuando el que lo guía se cansa de correr, para ante la puerta de una lechería. Si el majuelo del amigo del dueño de los automóviles no produjera vinos tan exquisitos, el taxímetro no estaría ahora delante de esta lechería. A cuatrocientos kilómetros de la capital, se ha decidido a que un taxímetro se encuentre ahora en esta puerta. El haber tenido una imperfección la cerradura de la maleta que ha comprado Carlos, ha hecho que éste retrase su viaje y se halle ahora en esta lechería. Cuando ha parado el taxímetro y ha visto el comisario donde su encontraba, su indignación contra el chofer ha sido grande. Pero, puesto que se hallaba en la puerta de una lechería, entraría a tomar un vaso de leche y algunas pastas.

Carlos García bebe su vaso de leche ante una mesita. El comisario bebe su vaso de leche ante otra mesita. Carlos García lee el "Diario Industrial". El comisario de policía mira distraídamente como este señor lee el "Diario Industrial". Carlos García fuma un cigarrito. El comisario de policía fuma también un cigarrito. Cuando Carlos ha terminado de fumar su cigarro tira la colilla. El comisario está pensando en el crimen misterioso. Casualidad: el sombrero que han encontrado en la casa del crimen era sin duda un poco ancho para su dueño; éste le había puesto, con objeto de estrecharlo, un tira de papel debajo de l badana. Y esta tira de papel era un pedazo del "Diario Industrial". Ese periódico es el mismo que está leyendo el señor que se halla en la mesita de al lado. No tiene nada de particular el que un señor lea el "Diario Industrial"; son muchos los lectores que tiene un gran periódico. Pero al tirar la colilla del cigarro Carlos García, el comisario ha visto que era un cigarro emboquillado y con la boquilla dorada. En la habitación en que se cometió el crimen se encontró una colilla de cigarro emboquillado y con el cabo áureo. Y ya eso es un principio de inducción que deja absorto al comisario durante un momento. Cuando Carlos se marcha el comisario va detrás de él. En resolución horas después Carlos García esta meditando en la cárcel. Medita en el destino humano. En el destino que se realiza por vías que el hombre desconoce. Una serie de casualidades ha hecho que lo que parecía impenetrable, sea descubierto. Y aquí termina el cuento.

Cuento que no es cuento, sino un comentario a unos págique Enrique Bergson dedica en su último libro "Les deux sources de la morale et de la religión" al azar. ¿Existe el azar? El azar existe — dice Bergson — con relación a nosotros. Si el hombre no existiera, no existiría el azar. Evidente; pero tampoco se puede decir que no hay azar, sino un ordenamiento que los hombres no conocen. Si conociéramos todos los secretos del mundo, del tiempo y de la eternidad, veríamos que lo que juzgamos azar, es cosa lógica, ordenada y fatal.

AZORÍN

Una breve historia de CHARLES CHAPLIN

> **Hice a Don Quijote soltero, porque de otra manera no lo habrían dejado salir de casa.**
> **CERVANTES.**

CHARLES CHAPLIN nació no se sabe dónde y tuvo por padre a no se sabe quién. Hijo de la ocasión nunca una ocasión ha sido mejor aprovechada.

Charles Chaplín fué un "tramp", un ejemplar social de los países anglosajones, en donde la rudeza del clima y de la vida es desfavorable al hombre cigarra que sólo vive bajo el sol amable de los latinos.

Vagabundo, músico ambulante, bailarín de vaudeville, fué con todo un filósofo sentimental y observador.

Un día, de un atorrante que viera salir de un "lunch-room" de "Happy Stret", barrio pobre londinense, aprendió ese original modo de andar como aplastando cucarachas. En seguida, con un pantalón exorbitante y un chaqué rudimentario, unos zapatos descomunales y un bigotito de conejo, un hongo aburguesado y una cañita de india, creó la popularidad más popular de todos los continentes y los tiempos.

Llegado a América, llevó a la pantalla una nueva concepción del humorismo. En "Chaplín Agenciero", "Chaplín inmigrante", "Chaplín aventurero" hizo aplaudir una comicidad basada en el realismo de las escenas y los tiempos, y lo ingenioso de los detalles. El público norteamericano — de preocupado y sincero — comprendió luego que las películas de Charles Chaplín, si bien hacían reir a los niños, también hacían pensar a los hombres. Así, al primer contrato de 650 mil dólares siguió luego el de un millón y cinco mil dólares, representando los cinco mil dólares el total de los gastos anuales en la vida de Chaplín...

Joven, rico, lleno de gloria, Chaplín hacía, sin embargo, filosofía. Creía en Darwin y tomaba a lo serio Schopenhauer. Pero, lo mismo que Anatole France que no creía en nadie, llegó un día en que Chaplín fatalmente se casó. En el breve tiempo en que Chaplín hizo vida de casado, apenas si produjo una única película digna de su nombre. Se llamó "Vida de perro" y fué de una observación genial.

Como el matrimonio no diera tema para más las películas siguientes: "Al sol" y "Un día de vacaciones", —hicieron creer en un agotamiento prematura de su genio de humorista. Por otra parte, su esposa. "Mildred Harris", se aburría con un hombre que no se preocupaba de la vida social y leía en cambio libros inútiles y extraños.

No existe grande hombre para su propia mujer, dice una muy exacta y antigua máxima. El divorcio se hizo casi inevitable. Mildred Harris hizo la demanda y los tribunales fallaron a costillas de Chaplín.

Vuelto Chaplín a su vida de soltero, se dió una jira por Broadway y quedó como si nunca hubiese sido casado. No es que yo quiera hacer comparaciones entre las producciones de Charles Chaplín durante y después de su matrimonio... Pero la primera película de su segundo celibato — "The Kid" (El pibe) — supera a todas sus producciones anteriores, incluso la bien experimentada "Vida de perros". Nadie, sino Dickens, hubiera podido combinar con tal sobriedad y precisión lo risueño con lo sentimental y triste. Así Jack Coogan, el pibe,, hace recordar la simpatía de Oliverio Twist, en "El hijo de la parroquia".

Finalmente, esta película trae un detalle original. Todas las producciones anteriores terminaban con el matrimonio o el compromiso de Chaplín. En "El pibe", Chaplín permanece soltero. De lo cual se deduce que, después de su última experiencia, Chaplín no quiere casarse ni por broma.

César CASCABEL

A TRAVES [cut off]
DES[cut off]



1 - Una patrulla de camelleros del Sahara, avanza lentamente a través de las dunas

2 - Encuentro de una patrulla: extendidos sobre la arena, dos camelleros preparan los fusiles, mientras el sargento examina el horizonte

3 - Antes de la señal de partida, un oficial da de comer a los cuatro perros que lo acompañan

4 - El ordenanza pone en marcha el gramófono, del que no se acaba de fiar, temiendo siempre de que salte de la caja un demonio

CABALLO y cabal[cut off] pero el camellero [cut off] tienen una sola vida p[cut off] guna, hemos visto al ho[cut off] mente el uno para el [cut off] Un solo destino tiend[cut off] de un todo.

Los tres jóvenes ofic[cut off] desierto, a la cabeza de[cut off] dicen:

—¿Sabe usted cuant[cut off] la vida? Tres veces en [cut off] día y noche, durante m[cut off] en que tenemos de qué [cut off] noche. Pero en el des[cut off] un peligro detrás del o[cut off] mayores enemigos. Y, [cut off] años, teníamos que agr[cut off] y no cabe disimular qu[cut off] ves. Este invierno hici[cut off] mada. Catorce días pas[cut off] nantial, un refugio cua[cut off] ban agotadas hasta la [cut off] tra desolación, el cielo [cut off] aire tenía un color m[cut off] tempestad de arena, e[cut off] Estalló con una fuerza [cut off]



1

...TO DE LYBIA

...a misma existencia; ...la comparten: éstos ...más, y en parte al- ...l viviendo tan total- ...bsolutamente igual. ...e estas dos mitades

...e encontramos en el ...o de camelleros· nos

...ello me ha salvado ...año. Vivimos juntos ...ay momentos felices ..., y un techo para la ...a siempre inminente ...el cielo son nuestros ... tiempo, apenas dos ...s indígenas rebeldes; ... de los peligros gra- ...Fezzan, por la Ham- ...trar un oasis, un ma- ...ras provisiones esta- ...ra aumento de nues- ...tentemente oscuro; el ... era un "ghibli", la ...peligro del desierto. ...cabo de tres horas no

teníamos fuerzas, ni veíamos más allá de un metro. Un metro: esa era la perspectiva de nuestra vida. Ninguna posibilidad de salir en bien. Estábamos condenados a muerte. Dí orden a mi gente de abandonarse en las sillas. Y desde ese momento mi camello conduce la expedición. Y la condujo bien. Veinticuatro horas más tarde· los camellos llegaron a un oasis, llevando sobre las espaldas gentes desvanecidas, sin fuerzas para decir una palabra ni abrir los ojos fatigados. Nuestros camellos nos habían salvado la vida.

En desquite, durante una excursión por el desierto inmenso, un animal se hundió en la arena, sin poderse liberar. Entonces excavamos el suelo, alrededor suyo, durante horas, con enardecimiento, y con gran alegría de mi parte, el animal fué salvado.

Es admirable el aspecto juvenil de este teniente, hablando de su camello, como cualquier otro hombre de su edad hablaría· viviendo en guarnición, de alguna linda muchacha. En los desiertos del Africa Septentrional los "grupos saharistas" (así se llaman los grupos de camelleros) poseen cuatrocientos camellos.

Estos grupos están dispersados por el inmenso desierto. Las patrullas caminan, frecuentemente, semanas enteras sin encontrar camaradas. Y sépase que, si es necesario, el camello recorre 80 a 100 kilómetros por día, aún cundo de ordinario no haga sino 25 o 30. Pero un super camello ha establecido este año un record, cubriendo 160 kilómetros en quince horas. Y esto en el desierto, sobre un suelo de arena y de piedras muy agudas. El camello es esbelto. Tiene las piernas largas y bien formadas, es blanco o gris, tiene grandes ojos, y con frecuencia es más inteligente que su cuidador, el Targui. Estos son los dueños, verdaderos, pues los camelleros no pertenecen al ejército colonial, sino que son propiedad privada de los soldados indígenas. Los camellos propiedad de los oficiales, son excepción. El oficial camellero, que hace un servicio de tres años en el desierto, no está obligado a comprar un camello, animal muy caro (cuestan unas tres mil liras) y que en suma debe luego revender.

Tres años consecutivos en el desierto, es demasiado. Y sin embargo, hay oficiales que repiten en el servicio, y quedan seis años. Pero seis años es el máximo. Un período mayor no está permitido. El oficial debe volver a la civilización, a las grandes ciudades. Esta es la orden. Pero no olvidará nunca a su camello, camarada al que debe la vida.

PEDRO KOESTER.



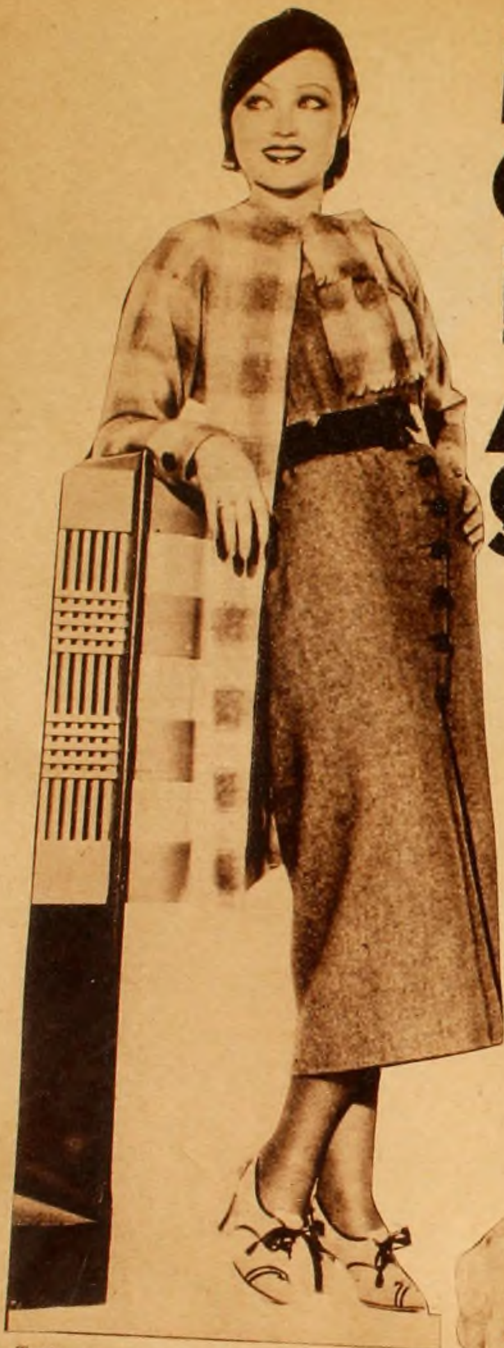
③



②

④

MODAS



Traje para sport, en tela jaspeada, y el saco a cuadros grises y blancos



Traje para la noche en Pekín rosa

Modelos Lucidos por

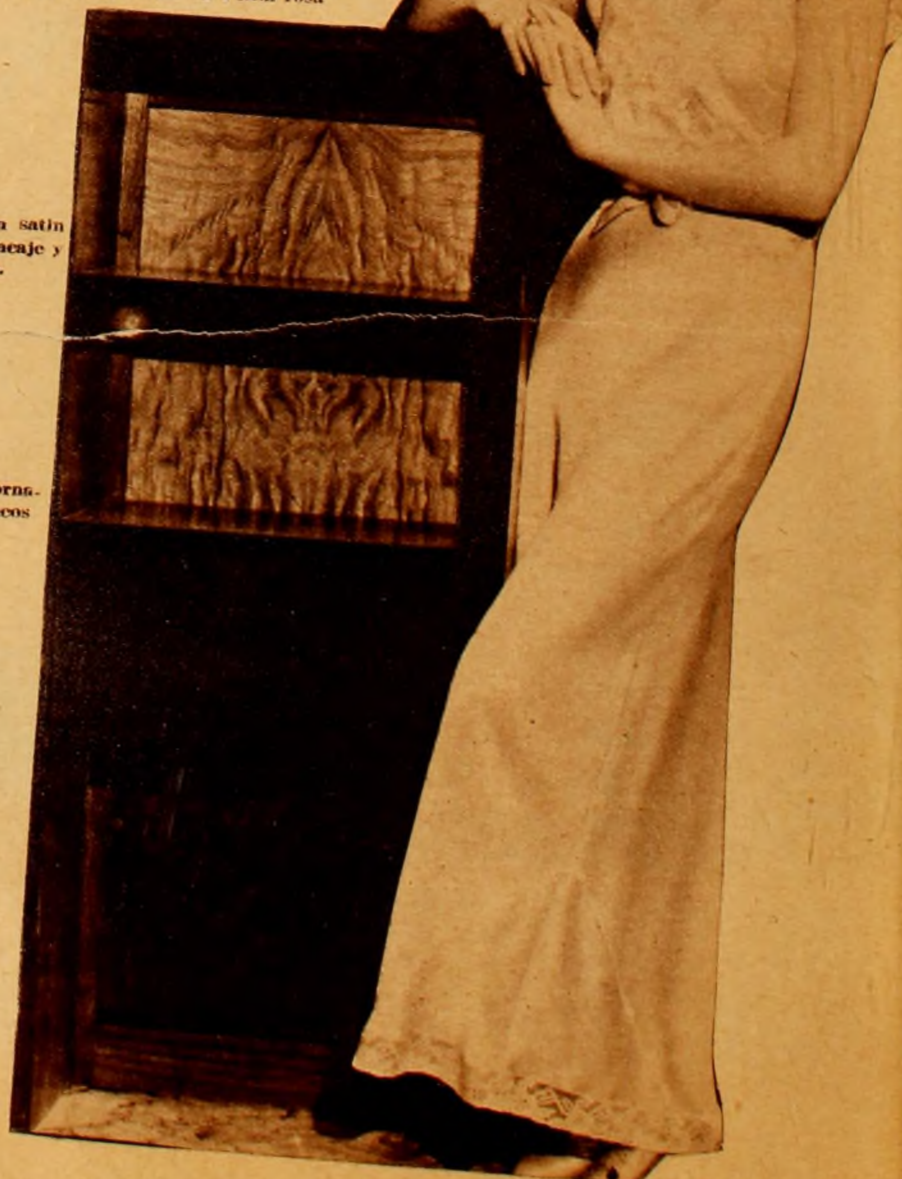
Artista de Hollywood





Vestido para jovencitas, en satin azul pálido, adornado con encaje y ruchs en los hombros.

Otro traje para la noche, adornado con ruches negros y blancos



Los heroes perversos del Cinema

POR EMIL JANNINGS

POR primera vez en la historia del cinematógrafo, los rasgos fisonómicos comunes y una presencia desgarbada son considerados como un galardón en el mercado de esta industria.

Por lo menos, ésta es la impresión que se recibe al observar algunos de los recientes éxitos del cinematógrafo. Clark Gable y Wallace Beery son los "mejor cotizados" entre los astros masculinos. Gable no es precisamente un Adonis, ni la forma y rasgos de Beery pueden ser considerados como "clásicos".

Cuando yo estuve en Hollywood, hace pocos años, me sentí extrañamente consciente — entre tantos lindos jóvenes de físico delicado y flexible — de mi contingente poco atractivo y de mi pesada figura. Me encontré como " un pez fuera del agua". Pero de acuerdo con los "standars" de las películas de hoy, yo estaría a la altura de la moda.

Cuando se comenzaron a "filmar", en Hollywood, las películas parlantes, mis directores no pudieron encontrar un papel adecuado para mí. Yo sugerí que se me confiara el protagonista de "Hairy Ape" ("El mono velludo") de Eugenio O'Neill, pero la idea era prematura. Hoy habría sido aceptada con aplauso; tan revolucionario ha sido el cambio sobrevenido en el gusto del público y en la actitud de los que gobiernan negocios cinematográficos.

Los públicos están cansados de los platos insulsos y de los "perfiles perfectos". Prefieren hoy argumentos en los que puedan hincar el diente y actores que les proporcionen la ilusión de un personaje real; artistas cuya experiencia de la vida les permita cavar profundamente en la emoción universal y presentarles una imagen potente y natural, tal como la ha creado von Stroheim en "The Lost Squadron" ("La flota perdida"), la película hecha en Alemania, o la de Fritz Kortener en el papel de exaltado y medio loco Dmitri de "The Murder of Karamazov" — ("El asesinato de Karamazov").

Diré de paso que la joven que acompañó a Kortner en la realización de esa película, también trabajó conmigo en "Storms of Passion" ("La tempestad de las pasiones"). Su nombre es Anna Sten. Recuérdenlo, porque eso es importante. Se ha de hablar mucho de Anna Sten de hoy en adelante. Rusa de nacimiento, tiene sólo 22 años de edad, y su belleza y su desempeño delicado le ganaron un contrato en Hollywood, donde en unión de Ronald Colman figurará en una versión inglesa de la obra de Dostoievsky.





Es, por supuesto, una verdad lamentable que en los primeros días de la industria del cinematógrafo no se tomaba en consideración ningún argumento a menos que el héroe y la heroína fueran dechados de virtud y los villanos despreciables desde el principio hasta el fin de la obra.

La consecuencia de esto fué que se formó para las películas una reputación de frivolidad e irrealidad. Transcurrió algún tiempo antes de que los escenaristas se dieran cuenta de que el público inteligente no se interesaba por la suerte de semejantes personajes — podrían, tal vez, llamarse "caricaturas" — que se les ofrecían en la pantalla. Pero cuando los autores comenzaron a crear personas reales, combinando lo bueno y lo malo en las proporciones en que se encuentran en la vida, se produjo una inmediata respuesta de un público más escogido.

Tan pronto como una persona del auditorio puede imaginar la posibilidad de encontrarse en las situaciones que se le muestran, se despierta su interés y se excitan sus emociones. La resurrección de piezas de museo de los primeros tiempos del cinematógrafo, arrancarían hoy explosiones de irrisión. ¡Y no hay que asombrarse! Los aficionados al cinematógrafo no son tan vanos que consideren posible, aún para su fuero interno, encontrarse en la situación de aquellos impecables héroes del pasado, ni tan estúpidos como para creerse ninguno tan depravado como el villano de las primeras películas "occidentales".

Pero el arte de la pantalla está ahora mostrando al público fases de la vida en la forma en que se vive la vida en los países civilizados, en vez de la cenagosa sentimentalidad de hace una década, y por ello creo que está atrayendo a las salas una nueva clase de público; el aficionado que prefiere presenciar una representación artística más bien que una serie interminable de cuadros emocionantes y "felices finales" imposibles.

Existe una demanda creciente de obras que posean fuerte interés dramático y cuyo final no se aparte de las realidades de la vida. Toda la tendencia de la novela moderna, del teatro y del cinematógrafo, se inclina en esa dirección, y la reacción que esto significa se debe, indudablemente, a la evolución espiritual que se realiza, inevitablemente, en la actualidad, en todas las naciones.

A medida que los públicos de los cinématógrafos poseen más conocimientos críticos, los actores son más conscientes en la realización de sus respectivos papeles. Los artistas de la pantalla no son simples fantoches, "cuadros vivos", ni figuras de cera. Por el contrario, tienen sus ideas propias respecto a cómo han de desempeñar su parte, y debe dárseles libertad para interpretar un papel.

Contrariamente a la creencia popular, el desempeño inspirado de una parte de su papel por un artista, no es cosa que ocurre por accidente. Procede esta errónea creencia de que resulta imposible creer que el actor representaría esta parte especial de su papel exactamente en la misma forma, en una nueva impresión de tales escenas. La ejecución del actor tiene el aspecto de ser un trabajo excepcionalmente único realizado ante los ojos del espectador, más bien que una rutina bien estudiada. El autor está realmente "viviendo" su parte.

Por esta razón es, quizás, lamentable para el círculo de los que me rodean de cerca mi conducta para con ellos cuando estoy realizando un personaje trágico o sórdido, a causa de que me es imposible dejar atrás de mí, como si dijéramos, al tal personaje a la puerta del estudio. La caracterización del mismo me domina día y noche.

Cuando representé "Nerón", por ejemplo, temí morir hecho un glotón", porque gané siete kilogramos en mis esfuerzos para emular a aquel voluptuoso romano. Cuando hice el Enrique VIII, se hizo mi carácter tan imposible que mi esposa decidió dejarme solo en casa. Cuando hice "Pedro" mi ayuda de cámara — me asegura él — hubiera jurado que yo estaba poseído de delirios de grandeza. Y, cuando "Fausto" — dice el mismo servidor — mis bromas eran de las que no pueden decirse en letras de molde.

Solamente por medio del estudio serio y la interpretación sincera se puede alcanzar realismo en papeles antipáticos; papeles que comprenden a los seres más depravados y repugnantes de la creación; papeles que más bien despiertan en el público un sentimiento de piedad que el recreo de los sentidos.

Cuando desempeñé la parte del viejo ujier en "The Last Langh" ("La última carcajada"), estudié el rey Lehar de Shakespeare, y me serví de aquella trágica figura como prototipo. La impresión que yo me proponía producir era la de un caballo, una bestia muda, que ha sobrevivido a su utilidad. En la escena en que el viejo se desploma sobre el piso del lavabo, el cuadro que yo tenía en mi imaginación era el de un decrépito caballo de coche de alquiler que está por caer muerto en la calle mientras que su amo trata, con diligentes fustazos, de conseguir que el animal avance unos pasos más.

Más recientemente, en "The Blue Angel" ("El ángel azul"), mi papel era el de un apacible maestro de escuela, de débil carácter, que cae víctima de la primera vampiresa que encuentra. Reducido a una estado de estúpida desesperación, se convierte en un hombre sin afeitar, negligente, desaliñado, con pelo desgreñado. Un ser sin atractivo y que, tal vez, inspira compasión.

También en "La tempestad de las pasiones" yo aparezco como un bruto descortés con repentinos rasgos de nobleza, tosco, inconstante y ordinario; una especie de desmañado Calibán, que busca a tientas la luz.

SOCIALES





Señorita Leda Pagani Castro. foto Marchese



Señorita: Corita Croci Morquio. foto Marchese



Señorita: María C. Rodriguez Fagé. foto Frangella.



Señorita: Esther D'Olivera.



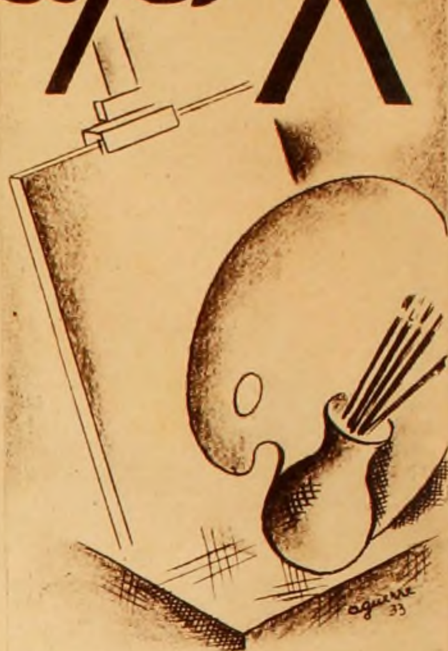
Señorita: Graciela Sienra. foto Frangella.



Cuadros a la luz de los Rayos X





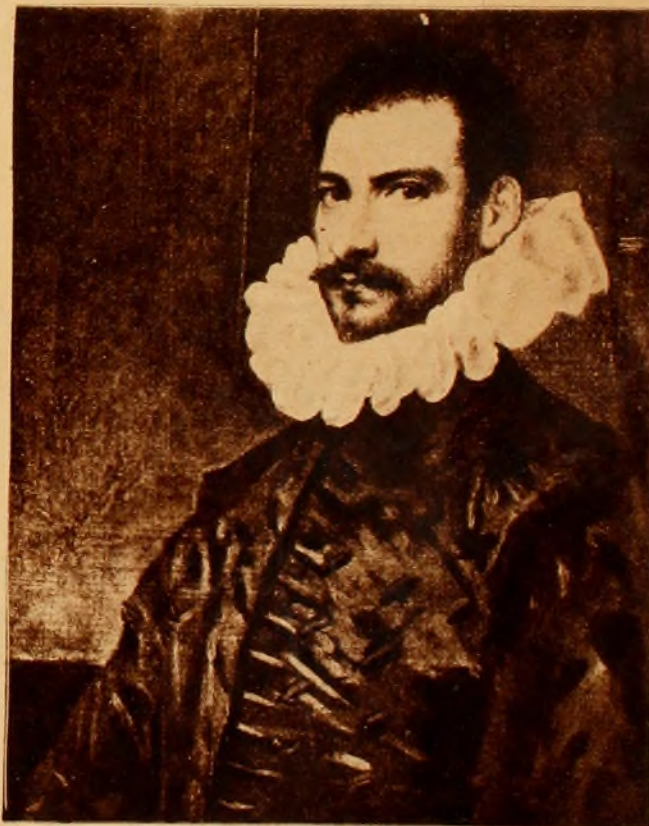


A la izquierda: Rembrandt. Autoretrato en la pinacoteca de Kassel. A la derecha aparece la iluminación del mismo retrato con rayos X. Estos hicieron el descubrimiento sensacional de mostrar una cabeza femenina con cofia y cuello. Rembrandt al pintar sobre este fondo ha utilizado las partes de luz y un ojo para su retrato. Se puede notar a la derecha, la nariz del autoretrato.

EL exponer cuadros de gran valor a los rayos X. no es nuevo. Pero recientemente se han hecho investigaciones metódicas en nuestros museos.

Los rayos X. descubren todo lo que existe entre la ampolla de rayos y la película fotográfica. Nos suministran datos sobre la estructura y los desperfectos de la madera, de los tejidos que a menudo son dobles, de la masa de fondo, de las capas de pintura y de su estado de conservación. Pero en aquellos casos en los cuales el artista se ha separado de las formas iniciales, cuando el cuadro ha sufrido retoques, la figura radiológica no coincide con el estado actual del cuadro. Vamos a citar algunos casos en los cuales la confrontación del cuadro y de su figura radiológica ha permitido hacer observaciones importantes. El autorretrato de Rembrandt, que éste pintó a la edad de 48 años, no presenta ningún indicio que permita suponer su origen tan curioso. La figura radiológica muestra debajo una cabeza de mujer con cofia y cuello. La estructura de las pinceladas permite deducir que también se debe a Rembrandt, y que se trata al parecer, de un cuadro casi terminado. Los detalles poco claros se deben a que las capas de pintura superpuestas son muy finas. Todas las partes de luz y un ojo han sido utilizados para el autorretrato con una habilidad pasmosa, de manera que no se podía suponer, con otros medios de investigación que existiesen capas superpuestas. La banda transversal se debe a uno de los maderos.

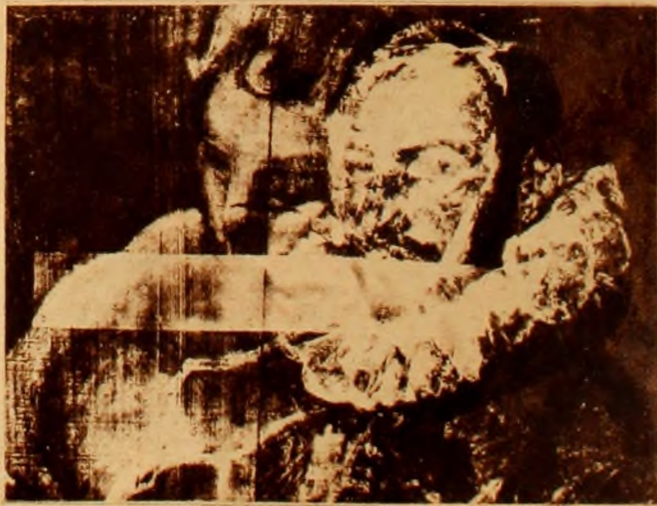




Es distinto el caso del retrato de caballero del Tintoretto, que se encuentra también en el museo de Kassel. Se utilizó la tela de un viejo cuadro decorativo, al cual no se le dió un nuevo fondo. Para comprenderlo es necesario recordar las costumbres técnicas de los pintores de aquella época. Ya no se utilizaban los fondos claros de yeso y de tiza, prefiriéndose arcilla roja. Tampoco se delineaba más, minuciosamente, el esbozo del cuadro.

La imagen radiológica muestra como el Tintoretto dibujó su cuadro con el pincel con trazos llenos de vigor, y como corrigió repetidamente los hombros, sin que lo molestase la vieja pintura. La terminación tranquila, serena, del cuadro no permitía suponer esta forma espontánea de trabajar. También aquí los rayos X, nos permiten penetrar en la manera de trabajar y en el temperamento del artista. La fotografía del original muestra la estructura de la tela, la imagen radiológica de la madera. El cuadro de la madona del veneciano Cima, que data del siglo 15, parece encontrarse, dado el brillo de sus colores, en un perfecto estado de conservación. La imagen radiológica muestra en cambio el verdadero estado del original, su superficie en estado lastimoso, y la madera perforada por taladros.





Estos daños fueron reparados por un procedimiento anticuado de restaurar, que actualmente ya se considera como una falsificación. Es extraordinario el número de piezas de museos que pierden su superficie embellecida a la luz de los rayos X. Si las iluminaciones implacables permiten descubrir valores falsos, en cambio también es posible encontrar valiosas capas originales debajo de retoques que deforman. Después de mostrar estos tres ejemplos, entre cientos de imágenes, quizás interese una breve descripción de los aparatos con los cuales se obtuvieron estos resultados. Se utiliza un transformador, conectado a una corriente normal y que puede dar 20.000 y 30.000 voltios de tensión. Esta corriente de alta tensión es llevada a una ampolla muy resistente y construída especialmente para producir rayos "blandos" que son los que interesan para las investigaciones de esta clase. El haz de rayos cae sobre el objeto de investigación, colocado horizontalmente. Contra la capa de pintura del mismo se encuentra la película.











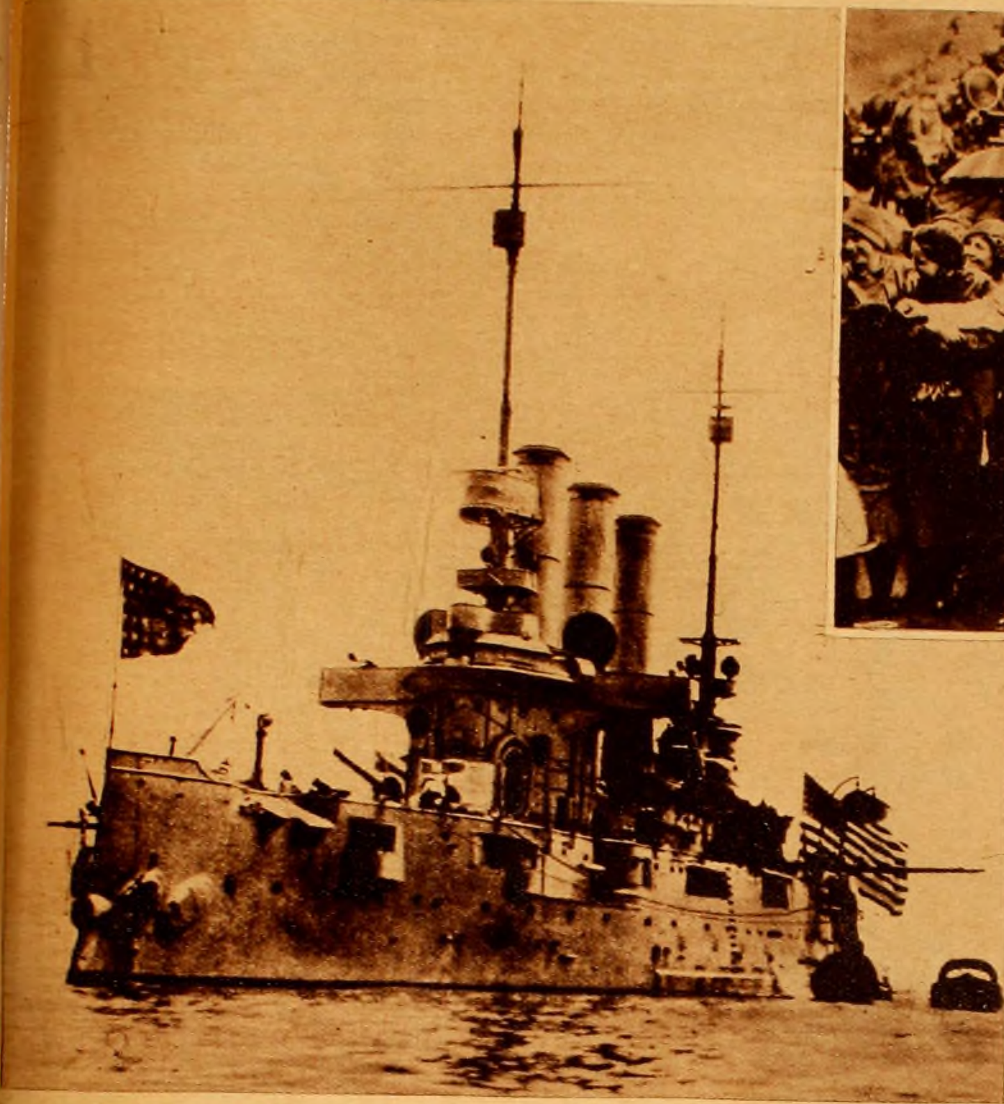
Una de las industrias más florecientes y beneficiosas del Soviet, está constituída por la utilización de la foca, a la que se caza en el Océano Artico y en el mar del Norte. No obstante lo relativamente peligroso de la tarea, nunca hay escasez de cazadores. Barcos de potente proa se abren paso a través de los hielos hasta donde les es posible arribar. Luego se desprenden los cazadores por la llanura helada, a pie, en busca de la presa. Las notas muestran diversos aspectos de la expedición, bien abrigados los cazadores, armados de rifles y harpones, armas que emplean según el caso. Los buques son los rompehielos "Sibiriakow" y "Seder".





Cien mil gimnastas tomaron parte en un desfile realizado el primero de mayo en Moscú. Iban los atletas armados de bayonetas, realizando ejercicios y demostraciones en la Plaza Roja.

EXTERIOR



El acorazado "Rochester", que después de 41 años de servicio, ha sido desarmado por su antigüedad. Tomó parte en el combate naval de Santiago de Cuba, en 1898, contra la flota de Cervera, en tiempos en que reinaba en España la abuela del príncipe que se casó con la señorita cubana.



El príncipe que hace la fortuna de Cenicienta, por la brevedad de su pie; el que se casa con la pastora, como en las églogas; o con las labriegas, como en "El rey que rabió", han hecho siempre las delicias de los sencillos de espíritu que ven, en esas muestras de amor fulminante, una de sus virtudes igualitarias. Tal vez por eso se ha dicho y escrito tanto sobre el casamiento del que fuera Príncipe de Asturias, y ahora es Don Jaime, llamémosle también "el conquistador" de una señorita cubana. Ahí está, a la vista, con su esposa, saliendo de una iglesia parisién. Y arriba el público novelero, mujeres en su mayoría, que — sucede también aquí — esperó bajo lluvia por ver a la novia y pisarle — si podía — la cola al vestido; que con eso, el casamiento de la que pisó se produce en el año. Una pisa y el otro se cae. En realidad esto muestra el caso que hacen los príncipes de los derechos divinos de los padres. No quiso el rey, pero se casó igual.

Total... lo de Asturias ya está perdido.



Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

























